

CAPÍTULO CUARTO

LA ÚLTIMA ESPERANZA

Ante aquella aparición sintió la pobre anciana debilitarse sus fuerzas y que una densa nube obscurecía sus ojos; extendió los brazos y lanzó un sordo gemido.

El aparecido quiso sostenerla para impedir que cayese al suelo; mas el solo temor de aquel contacto devolvió á Marcela parte de su energía: echóse hacia atrás para apartarse de la visión, y luego, cruzando las manos sobre el pecho, se puso á orar, sin poder proferir una palabra.

El cantor del golfo se quitó el sombrero de anchas alas, y dejó descubierto su hermoso y varonil semblante y su rizada y abundante cabellera negra, hecha bucles, que la lluvia no había podido deshacer; arrojó su capa, que chorreaba agua, sobre una silla, y quedó vestido con un elegante traje negro; llevaba en el cuello una corbata de raso, negra también, negligentemente anudada, y la azulada blancura de la camisa era lo único que animaba algún tanto su sombrío traje.

—¿Me conoces, Marcela?—preguntó con dulce acento y cruzando los brazos sobre el pecho.

La anciana no contestó; pero el movimiento

convulsivo de sus labios dió á conocer claramente que rezaba.

—Nada temas, mi buena Marcela—prosiguió el caballero:—yo no he muerto, como tú creías; pero mi existencia es un terrible secreto. Al oírte rogar á Dios por mí, he querido confiártelo en pago de tu generoso recuerdo. Nada temas: soy el Barón de Medina, el buen hermano de tu amada señora, el esposo de su hija; soy, en fin, aquel que te amaba tanto por tu bondad y honradez, y que se interesaba mucho por la suerte de Eugenio... Vamos, Marcela, ¿me reconoces ahora?

—¡Dios mío!... ¡Será verdad, señor! ¿Con que vive usted?—exclamó la anciana juntando las manos y mirando al Barón con asombrados ojos, pero en los cuales se pintaba una viva alegría.

—Sí, Marcela, vivo—contestó Alberto con la misma dulzura de acento, aunque en aquel instante tomó su fisonomía una desgarradora expresión de tristeza.—Pero mis horas están contadas por el mismo Dios, y tal vez esta noche haya dejado de existir.

—¡Oh, mi buen señor! ¿Con que no ha muerto usted?—repitió Marcela, que aún permanecía arrodillada.—¡Dios mío, qué felicidad! ¡Virgen del Pilar Santísima!

—¡Ah, mi buena y querida Marcela!—murmuró el Barón levantándola cariñosamente.—¿Pensarán todos como tú?

—Sí, sí, es usted mi amado señor; ya no me

queda duda—decía el ama de gobierno, contemplando al Barón con una delicia indecible:—esos son sus ojos, su frente, su cabello; es usted, no el pobre moribundo que se casó con mi querida señorita, sino el gallardo caballero que yo conocí cuando vivía su madre... Pero, ¡Dios mío! ¿qué cicatriz es esa que le divide la mejilla, señor? Eso le desfigura tanto, que con dificultad podría reconocerle una persona cuyo corazón no se interesase por usted tanto como el mío.

—Ya lo sabrás, Marcela—contestó el Barón con una amargura que no se escapó al fino instinto de la anciana.—Ahora necesito que me dejes pasar la noche en este cuarto: ¿quieres concederme este favor? Confieso que es para mí de más precio que la vida.

—¡Ah, señor!—exclamó dulcemente la anciana;—¡siempre el mismo: suplicando cuando puede usted mandar! Pero—continuó con alguna vacilación,—¿no sabe usted que la señorita va á...?

La pobre Marcela calló temblando á pesar suyo, y en su honrada y benigna fisonomía se pintó una angustia dolorosa.

—A casarse con otro, ¿no es verdad?—dijo Alberto con tan desgarradora sonrisa que hizo brotar el llanto de los ojos de la anciana:—lo sé, Marcela, y eso es lo que quiero evitar... Si no lo consigo, mañana, al rayar el alba, iré á encontrar lecho y sepulcro en las aguas del golfo. Entonces, Marcela, persuádate tú misma de que has te-

nido un sueño, y no hables ni aun á tu hijo de la aparición de esta noche... pero ruega á Dios por mí, como lo hacías poco ha.

—¡Matarse! ¡ah, señor!... ¡suicidarse!—gritó la anciana;—¡y el infierno después! ¡Pero no, no; el Señor no daría á usted por una sola falta la eterna condenación! ¿No es usted el más noble y generoso de todos los hombres?

—Aún hay otro mejor, más noble, más admirablemente generoso—contestó el Barón;—á ese hombre, Marcela, debo yo la satisfacción de una deuda sagrada, y se la pagaré con mi vida, porque así me lo ordena el mismo Dios. Ahora—continuó—déjame solo, Marcela; pero si me amas, ruega por mí durante cuatro horas, y pasado ese tiempo vuelve aquí; si no estoy, pide al Señor que reciba mi alma en el cielo.

—Nuestra Santa Virgen ayude á usted, señor—dijo Marcela enjugando sus ojos y sus mejillas inundadas de llanto; después dirigió al Barón una larga y tristísima mirada y salió del aposento.

Alberto se acercó á la puerta, la cerró suavemente y en seguida abrió la que comunicaba con la alcoba de Margarita.

El desdichado dió algunos pasos en aquel aposento, y cayó arrodillado á los pies del lecho, ocultando entre las ropas su abrasada frente.

Mas de súbito oyó ruido y se levantó, acercándose con precipitación á la mesita de noche en que estaba el vaso de agua que Margarita tenía

costumbre de beber; sacó el pomito que le vimos guardar en el umbral de su casa, y vertió su contenido en el agua, que tomó un ligero reflejo blanco.

Echó después una última mirada á aquella estancia, y salió cerrando la puerta tras sí al mismo tiempo que Margarita y Geraldina entraban por la de enfrente. El Barón se arrodilló y acercó sus ávidos ojos á la cerradura por donde podía ver fácilmente el tocador nocturno de su esposa.

Al entrar las dos jóvenes, dejó Geraldina la palmatoria de plata con que alumbraba á su señora, sobre la mesa de mármol que sostenía el canastillo de flores, y se acercó á ella. Alberto ahogó un grito de admiración al ver á Margarita: jamás, ¡ay! jamás la había visto tan risueña y hermosa.

Tenía puesto la joven un vestido de brocado de seda parecido á las tapicerías brochadas que hoy usamos, pero de un valor material infinitamente mayor; esta tela, de una riqueza incalculable y de una incomparable belleza de colorido y dibujo, era en su fondo de un azul celeste subido, y por su misma riqueza se atiesaba sin formar un solo pliegue en su larga y anchurosa falda; el recamado, que levantaba un grueso relieve, lo formaban grandes rosas blancas, cuyo delicado matiz y verdoso ramaje nada tenían que envidiar á las que brotan en los más bellos rosales de nuestros jardines.

El cuerpo del vestido, de hechura enteramente lisa, dibujaba admirablemente el talle esbelto y flexible de Margarita, y su delgada cintura lo parecía mucho más por los anchos pliegues que de ella partían; las mangas, cortas y algo ahuecadas, terminaban en dos anchos encajes blancos, que caían hasta cerca del codo, y el hermoso y torneado brazo de la joven aparecía blanco como el marfil entre aquellas vaporosas ondas.

Otro encaje igual se fruncía ligeramente en derredor del escote del vestido, que dejaba descubierta su garganta y la gallarda y elevada entrada de su seno, redondeándose en la espalda: allí se recogía graciosamente en ligeros pliegues, repitiéndose éstos en los hombros y pecho y formando ese elegante plegado que hoy llamamos *drapería*, y que tan admirablemente sienta, cuando el cuerpo no es muy escotado, en los hombros y seno de una esbelta y delicada joven.

Los espesos y dorados cabellos de Margarita, aunque peinados en sedosos tirabuzones, que caían hasta besar los encajes que guarnecían su vestido, no bajaban por sus mejillas y estaban sujetos detrás de las orejas por dos grandes rosas blancas, guarnecidas de anchas hojas de un verde aterciopelado y prendidas una á cada lado de su angélica cabeza.

Margarita jamás había estado tan hermosa. Sin haberse robustecido—porque la belleza de la Baronesa no era de las que se llaman *frescas y loza-*

nas,—habían adquirido sus mejillas ese suave sonrosado tan seductor en un semblante coronado de cabellos rubios; el resto de su rostro conservaba la blancura del marfil, como su garganta, brazos y manos; sus grandes ojos, de un azul obscuro y brillante, radiaban bajo sus arqueadas y oscuras cejas; muy abiertos y rasgados generalmente, eran tal vez más hermosos cuando los velaban sus anchos y transparentes párpados, cuya blancura de alabastro contrastaba con el castaño casi negro de sus larguísimas y rizadas pestañas.

Aquel cuadro era digno del pincel de Rafael de Urbino: pintando á Geraldina hubiese reproducido la robusta y fogosa hermosura de su querida, y retratando á Margarita, hubiera copiado la dulce y poética belleza de la hermana del Tasso: únicamente hubiera tenido que violentarse al coronar la frente de la Fornarina con una cabellera de azabache, pues la joven camarera de Margarita no era atezada y rubia como la célebre hija del panadero romano.

La italiana acercó un sillón, creyendo que su señora iba á desnudarse allí en vez de hacerlo en su tocador; pero la Baronesa le apartó y exclamó riéndose:

—¿En qué pensamos, mi querida Geraldina? ¿Por qué venimos aquí si ya estoy buena? ¿Has puesto luz en el tocador?

—Sí, signora mía—contestó la joven.

—Vamos, pues, vamos allá.

Y las dos jóvenes salieron del dormitorio, desapareciendo por la puerta que daba á la pieza del tocador.

Alberto se levantó también y fué á caer en una silla, ocultando entre sus manos su semblante.

.....

 Media hora después, Margarita, envuelta en un largo peinador blanco, volvió á entrar en su alcoba, despidió desde la puerta á Geraldina, y arrojándose junto á la cama, oró fervorosamente con las manos cruzadas sobre su pecho durante largo rato.

Después se levantó, bebió del vaso de agua y se acostó tranquilamente, oyéndose á poco su respiración dulce é igual.

El reloj del aposento en que se encontraba el Barón dió las doce, y su argentina vibración sacó al desdichado del letargo en que parecía sumergido.

—¡Dos horas!—murmuró estremeciéndose, como si discurriese por sus venas el frío de la muerte.—¡Sólo dos horas me separan del sepulcro ó de la dicha!

Y acercándose á la cerradura de la puerta miró con ansia hacia la alcoba de su esposa.

La vió dormida dulcemente como un niño á quien han acariciado antes los besos de su madre.

Entonces abrió la puerta y entró de nuevo en el dormitorio: acercóse á la cama, y cruzando los brazos sobre el pecho, clavó en la joven una mirada ardiente y melancólica.

—¡He aquí—murmuró con voz ahogada,—he aquí un tesoro que es mío, y que van á robarme para siempre!... Aquí, en esta niña, están resumiadas todas las esperanzas, todos los deseos, todos los amores de mi vida... Esta niña me pertenece, y, sin embargo, la voy á perder, y entonces me mataré porque debo hacerlo así...

La hermosa y noble fisonomía de Alberto se trastornó enteramente, y un sombrío furor brilló en sus rasgados y negros ojos.

—¡Dios justo y vengador!—exclamó elevando una mirada en que se advertía la más amarga y profunda desesperación:—¡no te pido piedad!... ¡te demando justicia..., pero justicia severa!...

Detúvose sin fuerzas para hablar más, porque su respiración era violenta y entrecortada como el estertor de un moribundo.

Acercóse lentamente á la mesita de noche y sacó de su pecho una carta cerrada, que puso sobre ella, colocándola lo más cerca posible de la cabeza de la Baronesa.

—¡Mi última esperanza!—murmuró:—¡en ese pedazo de papel está mi sentencia de vida ó muerte!...

Fijándose entonces sus ojos en el vaso de agua, vió que la joven había bebido sólo la mitad.

—Va á despertar dentro de media hora—dijo, —porque ha bebido poco... ¡Ah! ¡tengo que huir de aquí!...

En seguida volvió sus ojos á la Virgen de Carlos Dolzi.

En las grandes crisis de la vida, nuestro propio egoísmo nos hace pensar en todas las influencias celestes, y la Madre de Dios es la que invocamos con más confianza. Al advertir la extrema semejanza de aquella preciosa figura con la desdichada Valentina, un rayo de esperanza iluminó el alma desolada de Alberto, y fué á refléjarse en sus abatidas facciones.

—¡Oh, Virgen mía!—exclamó dulcificando de nuevo la amargura de su acento:—¡en ti confío! ¡Recuérdale tú á su madre, ya que su madre era una imagen tuya!... ¡Ten compasión de mí!...

Acercándose entonces al lecho, apoyó sus labios en la entreabierta boca de la joven, y durante dos segundos un largo beso detuvo la respiración de entrambos, sin que por eso se despertase Margarita.

—¡El primero y acaso el último, desde que eres mi esposa!—exclamó Alberto levantándose pálido por aquella fuerte conmoción; y después, clavando en la joven una mirada en que se pintaba la vehemencia de su pasión, añadió:—¡Adiós, Margarita, adiós!... Hasta dentro de media hora... ¡ó hasta la eternidad!

CAPÍTULO QUINTO

LA CARTA DE VALENTINA

Alberto se arrojó fuera del dormitorio y cerró la puerta, cayendo de rodillas junto á ella: allí, apoyando la frente contra la madera, esperó con ansia mortal el primer suspiro de Margarita.

Lo que pasaba entonces en el alma de aquel desventurado, sólo Dios puede saberlo; inmóvil y conteniendo el aliento, asemejábase á la estatua de la desesperación.

El reloj del aposento de Marcela dió las tres y cuarto. Estremeciése Alberto, pero no se movió: permanecía postrado y con la frente inclinada en la actitud de un hombre arrodillado en el cadalso y esperando el golpe mortal que va á descargarle el verdugo.

Seguía la tempestad, cuya furia había crecido; retumbaba el trueno precedido de azulados relámpagos, y la lluvia caía á torrentes, estrellándose á impulsos del viento en los cristales de las ventanas.

De repente se estremeció el Barón y levantó la cabeza ansiosamente, acercando sus ojos á la cerradura: el reloj acababa de dar las tres y media.

El semblante de aquel hombre se descompuso horriblemente, y su mano derecha, oculta en su seno, lo desgarró sin piedad, enrojeciéndose bien pronto la azulada blancura de su camisa.

Acababa de ver á Margarita apoyarse sobre un brazo é incorporarse en el instante mismo en que sonaba el reloj.

La joven alargó la mano para tomar el vaso y acabar de beber el agua que contenía; mas sus ojos se fijaron en la carta que estaba sobre la mesita de noche; una viva expresión de asombro se dibujó entonces en sus angélicas facciones, y tomó la carta abriéndola con trémula mano.

—¡La letra es de mi madre!...—exclamó con voz alterada y con los ojos llenos de lágrimas.— Sí... ¡de mi madre!—repitió; y volviendo la carta para buscar la firma, lanzó, al verla, un grito penetrante. Acababa de leer el nombre de *Valentina*.

Margarita se sentó en el lecho; apoyó en su corazón ambas manos y cerró los ojos como si fuese á desmayarse, pero sin dejar la carta; después alzó de nuevo sus anchos párpados, y volvió á desdoblar el papel, recorriéndolo con la vista apresuradamente.

La carta decía así:

«Á MI HIJA

»Cuando leas esta carta, Margarita mía, hará ya mucho tiempo que tu madre descansa en el